

Eres la salud de los culpables, y á causa de ti las gracias vendrán sobre ellos con más abundancia.

Eres la preservación, y en tanto que estés allí sufriendo con resignación, el castigo de Dios no estallará.

¡Oh! Vosotros los que entráis en ese aposento, ¡oh, sí! descubríos: estáis en un santuario, estáis cerca de un altar, estáis cerca de una víctima, ¡pedidle que ruegue por vosotros!



ARENITAS DE ORO

(OCTAVA SERIE.—AÑO 1889, 1890 Y 1891.)

APROBACIÓN DE MONSEÑOR VIGNE

ARZOBISPO DE AVIÑÓN

CARTA AL AUTOR

Muy estimado Canónigo: La octava serie de las ARENTAS DE ORO está próxima á publicarse: es una nueva fortuna para sus lectores. Yo apruebo y bendigo con todo mi corazón este nuevo volumen, que, lo mismo que los que le han precedido, es digno de la admiración de cuantos aman la buena literatura y las obras útiles y edificantes. Quiera la Providencia, muy querido Canónigo, dar á Ud. tiempo y medios de continuar durante largos años, y de juntar nuevas series á las anteriores, multiplicando de este modo en lo por venir el fruto de las buenas lecturas que la piedad de Ud. proporciona á las almas cristianas. Sirvase Ud., querido Canónigo, aceptar las seguridades de mi afectuosa adhesión en Nuestro Señor.

† ANGEL,
Arzobispo de Aviñón.

AVIÑÓN, 19 de Septiembre de 1891.

Á LAS ARENITAS DE ORO

UNA POBRE ENFERMA

¡Con qué gusto te veo venir, pequeña hojita, que desde hace tiempo deslizas cada mes en mi corazón una palabra de esperanza, de paz, de fuerza y de alegría!

¡Sé bien venida cerca de mi solitaria chimenea, en esta hora en que el viento triste del otoño hace temblar los cristales de mi ventana, y se consumen sin fulgor las últimas ramas echadas en el fogón, cerca del cual casi inmóvil me encuentro sentada!

¡He estado sola durante todo el día, y los que se han acercado á la pobre enferma no han tenido para ella, ni la sonrisa que nos re-

cuerda la primavera, ni la mirada que cae dulcemente sobre el rostro como un rayo de sol! ¡No han pensado en mí!

Han venido, como vienen una y muchas veces al día : han echado una ojeada alrededor, y diciendo: *Nada le falta*, se han ido sin dejar nada á mi corazón; nada, ni siquiera esa palabra tan llena de esperanza: *adiós*; ni apenas esa palabra, que no dejaría de tener su encanto si no saliera únicamente de los labios, y que tan trivial se ha hecho: *buenas tardes, buenas noches*.

¡Oh! Ciertamente piensan en mi bienestar material; pero ni uno sólo piensa que mi corazón también reclama esos mil cuidados que la costumbre hace tener respecto á los miembros paralizados ó doloridos. — ¡Yo no tengo madre!

¡Oh! Si vosotros, los jóvenes que reboáis de vida y de animación, ¡supieseis cuán desierto está el corazón de una pobre enferma, y cuánta necesidad tiene de ser acompañado!

Vosotras sois mi rayo de sol, queridas hojitas, que antes, hace ya mucho tiempo, recibía y leía como ahora, pero á quienes no apreciaba, ni amaba, como ahora aprecio y amo.

Allí os tengo, al alcance de mi mano, cerca de mi libro de oraciones, y cada día tomo *una de vosotras* y la leo con fruición.

No, yo no leo; escucho.

Me parece que son una voz que oigo, una voz armoniosa y dulce.

Me parece que cada una de vosotras, amadas hojas, toma una forma vaga, indecisa, sin duda, pero real, y que esta forma me sonríe, me habla, y luego desaparece lentamente diciéndome: *¡hasta mañana!*, dejando alrededor de mi alma una calma dulcísima y una suave luz.

Si; yo las he oído, que no ha sido solamente leerlas, esas letanías de la *resignación*, las de la bondad y del sacrificio, esas provisiones del alma que tanto me han confortado; así como las pequeñas industrias para procu-

rar la paz y las lecciones de filosofía práctica tan ingeniosas y vivas, y esas páginas tan atractivas que hablan de la amistad, de la bondad, de la manera de ahuyentar el mal humor, de la dicha de ser útil, y las que muestran el encanto de la soledad, del cuartito amado, de esas veladas íntimas, durante las cuales se esparcen tan alegremente el espíritu y el corazón, y de ese santuario desconocido que hace un paraíso de la celda en que se sufre ó se trabaja.

A vosotras también una voz ha hecho penetrar hasta el fondo de mi alma, ¡oh páginas tan piadosas sobre la oración, sobre el poder de un acto de amor; sobre las relaciones tan fáciles, tan consoladoras, tan fortificantes que existen entre nosotros y la Eucaristía, sobre el amor, la ternura, el poder de la Santísima Virgen, sobre la bondad de Dios resumida en este título: *Dios lo sabe; Dios lo quiere.*

Yo he oído ese canto de la conciencia y ese *excelsior*, y esa melodía del ángel y del alma que tan bien hacen olvidar las penas de la

vida.—A menudo me he sentido conmovida ó arrebatada á vista de esos cuadros tan acabados que se destacan con tan vivos colores, de los cuales no citaré sino uno, uno de los últimos: *de donde viene la paz.*

Os veo á todas, á todas, ¡oh ARENITAS mías!, cerca de mi sillón de enferma, poblando mi soledad y diciéndome de mil maneras: sé resignada, sé buena, sé feliz. ¡Dios te ama!

¡Dios mío, sed siempre el consejero de aquel á quien destinasteis para llevarnos á Vos! ¡Hacedle *muy santo*, y que de vez en cuando otra voz más autorizada que la mía venga, á fin de animarle, á decirle *que hace el bien!*

